



Relatoría: Hacia un periodismo para la paz

”
Nestor Alonso López
Noviembre 2012

Llevo 18 años ejerciendo de manera profesional este oficio y en un principio me parecía claro que el periodista debía estar del lado de los débiles y desvalidos. Admiraba como ninguno a John Reed, el colega estadounidense que cubrió las luchas de los mineros de su país, estuvo en la Revolución Mexicana y vivió la Revolución Rusa, pero desde las mismas trincheras de quienes querían tomarse el poder en cada caso.

Reed usó la pluma con la misma contundencia con la que los hombres de Pancho Villa y los Bolcheviques empuñaron las armas. No en vano fue sepultado en la Plaza Roja al lado de grandes personajes de la historia rusa.

En 1995 trabajaba en el periódico El Mundo, en Medellín y me enviaron a un cubrimiento. A Medellín empezaba a llegar la diáspora de desterrados desde regiones como Urabá y el Oriente Antioqueño tras las arremetidas de la guerrilla y los paramilitares que habían hecho de las masacres su método predilecto de terror. Un ancianato en el occidente de esta capital se había tenido que convertir en albergue para desplazados y en aquella ocasión estaban protestando con barricadas en la calle. Ya en el sitio, los líderes hablaban con una propiedad de tribunos para explicar que no les estaban dando comida y que por eso habían decidido pronunciarse.

Pero la municipalidad tenía como demostrar que las alacenas estaban llenas y, con planillas de entrega, sus funcionarios sostenían que lo que pasaba era que le querían dar un manejo político a la situación, en contra del Gobierno.

Al cabo de dos horas en el sitio tenía claro que cada uno estaba contando una verdad a medias y que su intención era manipular el relato que se diera sobre esa realidad. El corto tiempo para escribir no me daba pie para más disquisiciones y decidí encaminarme por la única certeza que tenía: que en este caso los únicos totalmente inocentes eran un ramillete de niños que estaban sometidos a las inclemencias del hambre y la incomodidad mientras que sus papás y los burócratas negociaban una salida a la situación.

Entonces entendí que la verdad no reposa en las víctimas per se, porque incluso ellas



suelen tener una visión del mundo determinada por años de convivir con uno u otro actor armado, con una u otra ideología.

De hecho, Johannes Botes¹ señala como los “movimientos de gente oprimida alrededor del mundo ahora saben del poder de presión que puede tener la prensa sobre los opresores”.

En ese contexto parecería suficiente con dejarnos orientar por el precepto de que la misión principal de los periodistas es contar la verdad sobre el conflicto para que las demás personas puedan informarse e informar con objetividad. Pero con frecuencia dentro del maremágnum de la guerra no es fácil saber cuál es la línea media y más a sabiendas de que no se trata de aquellos conflictos armados clásicos donde los ejércitos estaban uniformados y el campo de batalla era aislado, sino que se pelea en medio de la población civil.

No es difícil que el periodista pierda la perspectiva, y empiece a servir a causas particular. Muchas veces se toma partido inocentemente o incluso, en algunos casos, con plena certidumbre y creyendo obedecer a principios y objetivos superiores, como lo hizo en su momento Reed.

De acuerdo a cómo presentemos la información un bando puede aparecer como víctima o como victimario, porque quien informa es susceptible de manipulación. Por supuesto que ahí entran en juego además la premura que suele haber en la producción de la información y si el periodista cae en la trampa o no dependerá de su bagaje, de su experiencia y del nivel de conocimiento previo que tenga de ese conflicto específico que está relatando, y claro, del espacio que le den en el medio de comunicación para hacer su relato.

Esto último lleva a otro dilema: la decisión de qué incluir y qué omitir, que no en pocas ocasiones nos deja en deuda con las audiencias.

¹ Botes, Johannes. Periodismo y resolución de conflictos. Conferencia realizada en la American University, Washington, nov de 2008.

Valgan también recordar las palabras del maestro Fernando Savater en el sentido de que a los medios hay que juzgarlos no solo por lo que dicen sino por lo que callan.

Es claro que el papel del periodismo no es ponerse al lado de ninguna de las partes en contienda. Y aun así, la manera como se cubran las noticias sí puede afectar el desenlace.

Siguiendo con la idea de cómo la información puede alterar la “correlación de fuerzas”, es imprescindible decir que la sola presencia de los periodistas, de hecho, cambia el comportamiento de los sectores enfrentados, para bien o para mal.

Por ejemplo, Bates cuenta cómo en el conflicto de los Balcanes, gracias a esa presencia de los periodistas --y sobre todo de las cámaras-- se lograron evitar atrocidades. Por el contrario, en el Apartheid de Suráfrica hubo señalamientos de que al haber cámaras se incitaban motines. La información es un arma tan fuerte como un misil. Puede inclinar la situación de un lado o de otro. Eso lo tienen conocido hasta la sociedad los estrategas militares desde la antigüedad, no en vano el propio Alejandro Magno contrataba cronistas --una personificación arcaica de los periodistas-- para que dieran cuenta de sus hazañas. De una u otra manera, eso mismo han hecho en los siglos posteriores los señores de la guerra. No entender eso lo acerca más a uno a ser víctima de manipulación.

Medios, ¿simples cajas de resonancia?

Lo otro es que la forma como mostremos el conflicto influencia a la opinión pública, que muchas veces emerge también como un actor determinante o lleva a gobiernos y otras fuerzas a involucrarse.

En Ruanda y Sarajevo, por ejemplo, la exposición mediática motivó una acción de las organizaciones multilaterales y de los gobiernos. En el último caso, incluso, hay quienes sostienen que la manera como se dio



la información hizo que la OTAN y Estados Unidos se pusieran en contra de los serbios.

Y Vietnam es tal vez el ejemplo más clásico de cómo las guerras no solo se pierden en el campo de batalla sino que las pantallas de televisión, en los micrófonos o con los titulares de prensa. Aunque los combates se libraban en un campo a miles de kilómetros, las imágenes de los jóvenes soldados sufriendo los estragos de una lucha que parecía interminable invadieron la vida cotidiana de los estadounidenses del común y creció todo un movimiento contra la guerra que tuvo consecuencias innegables en su final.

La pregunta es si “el periodista debe reportar el sufrimiento humano de manera desprendida o si debe resaltar la tragedia para que la presión del público conlleve a una presión externa”, como lo plantea Botes.

Ryszard Kapuscinski, el gran decano de los corresponsales de guerra en el siglo 20 da algunas pistas:

“Para mí escribir sobre la guerra implica no ser un hombre frío, que se distancia, que trata de escribir con objetividad. Mi actitud frente a la guerra, y por eso escribo, es tratar de ayudar en mi modesto campo para que esa guerra se termine lo más pronto posible. Escribir sobre la guerra es luchar contra la guerra. Es tratar con lo que escribimos y con la manera como lo hacemos, de crear una atmósfera en contra de la guerra”². Con esas palabras el Maestro reivindica la militancia de los comunicadores sociales en favor la paz.

Además critica que cuando un conflicto se prolonga, tendemos a cubrirlo como si fuera un deporte, contando solo los muertos como en una competencia. Se banaliza el sufrimiento. Nuestra misión, apunta, es tratar de explicar por qué se pelean y poner en evidencia los intereses que hay detrás de una guerra.

² Revista Semana. Entrevista realizada por Juanita León en el año 2000.

En la misma onda, Melissa Baumann y Hannes Siebert³ dicen que “los periodistas reportan los síntomas del conflicto y generalmente no entienden sus causas”. Además añaden que “si la violencia es un resultado, entonces los medios necesitan aprender más sobre el proceso o el continuum del conflicto”.

También Álvaro Sierra, destacado periodista nacional que hoy está en la revista Semana advierte que “La lupa del periodismo tiende a iluminar los conflictos, no la paz; los estallidos de violencia, no los procesos silenciosos; los eventos negativos, no los positivos; a los perpetradores de los crímenes, no a sus víctimas”.

Todas esas reflexiones y enseñanzas bien nos las podemos calzas los periodistas colombianos, a quienes nos ha tocado asumir el cubrimiento de constantes conflictos armados y varios procesos de negociación como la que ahora sienta en la mesa al Gobierno de Juan Manuel Santos y a los delegados de las Farc, pasando por el fallido proceso del Caguán, por las desmovilizaciones de las milicias de Medellín, de la Corriente de Renovación Socialista, el PRT, el Quintín Lame, el M-19... hasta la cuestionada dejación de armas de los paramilitares.

En todos esos procesos los periodistas hemos tenido aciertos --como destapar las jugadas de los ‘paras’ para infiltrar narcos ‘purasangre’-- pero muchas veces también hemos dejado entrañas en el alambrado.

En el Caguán tal vez nos cabe algo de responsabilidad en no haber advertido a tiempo las desviaciones y las agendas ocultas que llevaron a que esa esperanza de paz fracasara. Fuimos eco otras veces de informaciones imprecisas con consecuencias funestas. Recuerdo por ejemplo cómo se informó del incidente en el cual una ambulancia con tres

³ Baumann, Melisa y Siebert, Hannes. Los medios como mediadores. Conferencia realizada en la American University. Washington, nov de 2008.



personas cayó desde 30 metros de altura a la represa Guatapé-El Peñol, en San Carlos (Antioquia) con consecuencias mortales para una embarazada, su acompañante y el conductor. Los medios, haciendo eco de declaraciones del mando castrense, dijeron que se trataba de un atentado contra la misión médica cuando, a todas luces --no por ello era menos lamentable-- se trató de un accidente debido a que en la oscuridad el chofer no vio la estructura colapsada y dirigió el carro al abismo. Hubiera sido más preciso y objetivo mostrar el evento como una infracción al Derecho Internacional Humanitario por destruir infraestructura civil.

Y si bien ya la guerrilla había dado otros motivos, el hecho fue la copa que derramó el vaso y llevó a que las partes se pararan, y se recrudecieran los enfrentamientos.

Por otra parte, el Caguán se convirtió en una especie de pasarela por la que desfilaron personajes de toda pelambre y también los medios contribuyeron a que todo se volviera espectáculo. Hoy día hay consenso en que hubo más exposición mediática de la conveniente.

Yo no estuve ahí pero muchos colegas cuentan del exceso de contacto de los periodistas con la guerrilla y con el Gobierno, incluso en animadas rumbas. Mala forma de preservar la independencia.

En el proceso que apenas comienza las condiciones son otras, las Farc son otras, hay otro estilo de Gobierno, otro escenario --los diálogos son en el exterior-- pero el periodismo parece el mismo.

En vez de la sobrexposición mediática del pasado, en la fase inicial nos enfrentamos a un hermetismo total de ambas partes --guerrilla y Gobierno--. Después la oficialidad ha conservado el mismo libreto de silencio pero las Farc aprovechan esto y llenan los medios ávidos de cualquier información que les llene sus espacios.

De nuevo entonces el ritmo noticioso viene marcado por los actores del conflicto y no por la iniciativa de los periodistas a partir de las necesidades de las audiencias.

Por otra parte, las evidencias desde las vísperas de los diálogos muestran que todavía no nos dotamos de las herramientas y de una conciencia clara acerca de cuál es nuestro papel.

El periodista investigador Juan Diego Restrepo puso el dedo en la llaga en una columna posterior a que se hiciera la apertura formal del proceso en Oslo (Noruega), a mediados de octubre. En ella hace un señalamiento sobre las preguntas superficiales y descontextualizadas que se hicieron.

Pero la actitud más discutible fue la de dos canales privados de televisión que suspendieron la transmisión en directo a mitad de la intervención de los delegados de la guerrilla. ¿Será este un buen comienzo?

A la par con los foros que pongan en escena todos los matices sobre los temas que conforman la agenda de la negociación, urge que los periodistas nos reunamos a revisarnos y garantizar así la no repetición de los desaciertos pasados que, en últimas, le hacen daño al país.

UNA PROPUESTA DE ENFOQUE

Así debe ser un periodismo que ayude a superar las expresiones violentas del conflicto:

1. Pone la verdad por encima de todo (excepto sobre la vida)
2. Trabaja por el bien común
3. Investiga sobre las razones del conflicto
4. Se preocupa por entender y mostrar el contexto
5. Clarifica: labor pedagógica
6. Hacer transparente el conflicto y la negociación
7. Da voz a todas las partes
8. Evita la adjetivación, en la que se diluye la



frontera entre información y propaganda

9. Humaniza a las partes
10. Busca prevenir desviaciones del proceso
11. Hace hincapié en los efectos invisibles de la violencia
12. Señala a los que le juegan sucio al proceso
13. Tiene en cuenta a las víctimas
14. Cubre las acciones de quienes protagonizan iniciativas por la paz
15. Acentúa la necesidad de una estructura social y cultural que lleve a la construcción de una sociedad pacífica



Autor

Néstor Alonzo López
Periodista
EL TIEMPO

Bogotá, Colombia

Pie de imprenta

Fundación Friedrich Ebert
Stiftung

Responsable

FES Comunicación para América
Latina
Calle 71 # 11 - 90
Bogotá, Colombia

omar.rincon@fescol.org.co

FES Comunicación

Es una unidad regional de análisis de la comunicación para América Latina de la Friedrich Ebert Stiftung.

Su objetivo es producir conocimiento para hacer de la comunicación una estrategia fundamental del diálogo político y la profundización de la democracia social. El conocimiento y la red de expertos de FES Comunicación apoyan el trabajo sociopolítico de la red de oficinas FES en América Latina.

Las opiniones expresadas en esta publicación no reflejan necesariamente, los puntos de vista de la Friedrich Ebert Stiftung.